

## CORRESPONDENCIA DE RIVA PALACIO CON RICARDO PALMA



Leticia Algaba

Como es sabido el signo del siglo XIX hispanoamericano es el de la transformación en todos los órdenes de la vida social, a costa de un sinnúmero de batallas con las armas y con las ideas. En México se establece la República en 1867 y con ello sobreviene un periodo de reajuste, de concordia entre liberales y conservadores bajo la premisa de un proyecto que en lo cultural intenta la búsqueda de lo nacional, elemento, por otra parte, de gran resonancia romántica.

En tal contexto se inicia una amistad intelectual cuyos protagonistas representan las preocupaciones más notables de la Literatura y la Historia iberoamericanas. Ellos son el mexicano Vicente Riva Palacio (1832-1896) y el peruano Ricardo Palma (1833-1919). Uno y otro comparten la pasión por escudriñar la época colonial, en cuyos registros veían la posibilidad de entender el pasado y desde ahí tender un puente sólido al presente y al futuro de América. Incansables y acuciosos, ambos escritores daban al lector lecciones de historia aderezadas en la forma de tradiciones y leyendas, relatos en los que no pocas veces resulta imperceptible la frontera entre la verdad histórica y la ficción literaria.

Al principio de la década de 1880, Ricardo Palma se da a la tarea de fundar la Biblioteca Nacional del Perú, empresa que lo acompañará a lo largo de su vida. Con ese propósito comienza a solicitar libros publicados en el resto de los países hispanoamericanos. Luego del primer envío desde México, Palma lee las novelas de Riva Palacio y queda gratamente impresionado. Y con el entu-

siasmo por el tópico colonial —presente en todas las novelas de Riva Palacio—, le escribe a éste por primera vez en noviembre de 1884. La correspondencia entre los amigos se extiende hasta septiembre de 1886.<sup>1</sup> Y entre 1884 y 1887, las cartas viajaron entre Lima y la ciudad de México; a partir de marzo de 1887, con el establecimiento de Riva Palacio en Madrid, a propósito de su encargo como ministro plenipotenciario de México en los reinos de España y Portugal, las cartas viajaron entre Madrid y Lima. Precisamente en la capital española se dio el encuentro personal entre los dos escritores, cuando Palma acudió a la conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América.

Muchos asuntos de interés para el perfil cultural del Perú y México se manejaron en la correspondencia Palma-Riva Palacio, además de algunos que iluminan la comprensión de la obra literaria y la vida personal. El tradicionalista peruano difundió la obra de Riva Palacio en el Perú. Así, en 1885 el periódico *El Nacional*, de Lima, publicaba en su folletín los capítulos de la novela *Los piratas del golfo*, y en 1887 *El Ateneo* incluía, en sus páginas, una monografía sobre *La monja alférez*.

En la actitud frente al ejercicio de la política, luego de los debates partidarios, existe un señalado contraste entre Palma y Riva Palacio. Este último participó muy activamente desde muy joven. Uno de los encargos más importantes después del triunfo de la República fue el del ministerio de Fomento, de 1876 a 1879, durante el gobierno del general Porfirio Díaz. Palma, en cambio, prefirió debatir desde su biblioteca. No aceptó representar a su país en el secretariado de la legación en Madrid, y también rechazó un lugar en el Senado, porque, según sus palabras, deseaba que "lo dejaran tranquilo entre la polilla y los pergaminos", pues, decía: "ya no soy hombre para las luchas de partido".<sup>2</sup> El cansancio no impidió, sin embargo, sus constantes críticas a lo

<sup>1</sup> Es ésta una suposición mía de acuerdo con la consulta que hice del Archivo Riva Palacio que se encuentra en The Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas, en Austin. Lamentablemente aún no he podido leer las respuestas de Riva Palacio a Palma. De ahí mi alusión unilateral a la correspondencia.

<sup>2</sup> Carta de Palma a Riva Palacio, Lima, 6 de junio de 1888.

que él llamaba “una sociedad siempre revuelta”. Tal actitud le permitió, en cambio, ser el fiel de la balanza en las dificultades que tuvo la fundación de la Academia de la Lengua, en 1887, a donde llegaron los tintes de la política.

Al igual que los intelectuales mexicanos de los últimos cuatro decenios del siglo XIX, Palma fue un gran promotor de las instituciones de cultura. La más notoria es la ya citada Biblioteca Nacional, de la que fue director casi toda su vida; la mencionada corresponsalía peruana de la Real Academia Española de la Lengua, de la que fue secretario muchos años, y El Ateneo, cuyo órgano de difusión del mismo nombre tuvo como corresponsales en México a Francisco Sosa y a Juan de Dios Peza, y en Madrid, al propio Riva Palacio. Palma, para entonces buen conocedor de las letras mexicanas, comparaba El Ateneo al Liceo Hidalgo, una de las instituciones rectoras de la cultura en México.

El paralelo más visible entre Palma y Riva Palacio se da en la escritura de las tradiciones. Desde 1872, Palma no deja de frecuentar el género. La última de las 8 series de las *Tradiciones* ve la luz pública en 1910, y dos años más tarde el *Apéndice a mis últimas tradiciones*, en tanto que Riva Palacio publica *El libro rojo*, junto con Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, en 1870, y *Tradiciones y leyendas mexicanas*, en colaboración con Juan de Dios Peza, en 1885, aunque sus siete novelas están plagadas de anécdotas asentadas en el dato histórico, en los documentos que estuvieron muchos años en sus manos a propósito de la elaboración del capítulo sobre “El Virreinato” para la magna obra *México a través de los siglos*.

Cuando Palma lee las *Tradiciones* de Riva Palacio le escribe: “La musa de usted no es de esas plañideras que tanto abundan en América Latina y que no son sino imitadoras de esa poesía personal propia del mundo viejo y de sociedades ya caducas. Poesía sin propósito histórico o social es poesía de oropel. Esos poetas morirán con su siglo”.<sup>3</sup>

Y la hermandad de las obras es señalada con las siguientes palabras: “Lima y México se parecen como dos gotas de agua en punto a consejas populares. Nuestro Zelenque es el Don Juan Ma-

<sup>3</sup> Carta de Palma a Riva Palacio, Lima, 14 de mayo de 1886.

nuel de ustedes. *La mujer herrada* es leyenda también de mi tierra. *La cita en la Catedral* (precisamente versificada) nos es familiar. El barquichuelo de la *Mulata de Córdoba* es el mismo en que se embarcó nuestra Inés la Voladora para burlarse de un Inquisidor...’’<sup>4</sup>

En la correspondencia de Lima a Madrid cambia la mirada de los dos escritores; el foco es, por supuesto, la relación entre España, “la Madre Patria” y América. Palma celebra la estancia de Riva Palacio en Madrid porque lo supone inmerso “en plena Academia”, y le escribe: “El americanismo no está reñido con el afecto íntimo que a España profesamos, y ya pasó de moda a Dios gracias, ese resabio salvaje de anatematizar la Conquista y los conquistadores. Si España no nos hubiera hecho otro bien que traernos su rica lengua castellana, de la cual cada día me enamoro más, ese solo bien vale para mí tanto como los demás que nos trajo. Y como no se hace tortilla sin romper huevos, es claro que debieron también darnos no pocos malos ratos’’.<sup>5</sup>

La correspondencia entre Palma y Riva va menudeando luego del encuentro de ambos en Madrid. En el archivo de Riva Palacio no encontré ninguna carta posterior a 1882. El escritor mexicano muere en Madrid en 1896, mientras que el peruano le sobrevive muchos años más, hasta 1919. La placentera e ilustradora lectura de las cartas de Palma a Riva Palacio me hacen suponer respuestas parecidas de este último, que espero tener pronto en mis manos. Entretanto, pienso que la correspondencia posibilitadora de la amistad intelectual entre los dos escritores seguramente se basa en la pasión por la historia colonial; así lo señala Palma: “tengo para mí, ha de interesarme —se refiere a *México a través de los siglos*— infinito, por lo muy aficionado que soy a todo lo que se relaciona con la época del coloniaje que, a pesar de los pesares, tiene mucho de romancesca y de poética. Nuestro presente, amigo mío, es de un prosaísmo abrumador’’.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Carta de Palma a Riva Palacio, Lima, 14 de mayo de 1886.

<sup>5</sup> Carta de Palma a Riva Palacio, Lima, 19 de marzo de 1887.

<sup>6</sup> Carta de Palma a Riva Palacio, Lima, 20 de noviembre de 1885.

Lima, mayo 24 de 1884

S. general D. Vicente Riva Palacio,  
Madrid

Muy querido amigo: Contesto su amable del 29 de marzo. La irregularidad que, desde hace seis meses, reina en los vapores de Sur y Norte, con motivo de las cuarentenas, ha hecho que reciba su carta con gran atraso. Afortunadamente ya pueden darse por concluidos el cólera, en Chile, y la fiebre amarilla, en el Ecuador. Desde julio se suspenderá la clausura de puertos en el Perú, y la correspondencia se regularizará.

Agradezco su receta para huir del contagio colérico. Precisamente todos los diarios de Chile recomendaban al pueblo la precaución que usted me indica. Entre Santiago y Valparaíso ha hecho el cólera cuatro mil víctimas, de las cuales tres mil quinientos por lo menos han muerto por su afición a las frutas acuosas, principalmente la sandía. En vano las municipalidades hicieron destruir plantaciones de sandías en las huertas. La gente del pueblo seguía comiendo sandía, y aumentando, por consiguiente, la cifra de epidemiados. Tengo para mí que el cólera es personaje que aterroriza cuando anuncia su visita; pero que tan luego como está en casa nos familiarizamos con él. En Buenos Aires y en Santiago se han habituado con el viajero del Ganges. Verdad es también que el cólera sólo ha cosechado la hez del pueblo, y que ha respetado a la gente acomodada. A otra cosa.

No sé si ustedes los mexicanos se parecen a nosotros, los peruanos, en una cosa, y lamentaría que se nos pareciesen. Donde nos reunimos los peruanos hay guerra civil, y donde nos reunimos dos más hay anarquía. Digo a usted esto a propósito de la Academia peruana correspondiente de la Española que está para instalarse en Lima. Somos once los correspondientes, y en mi condición de decano o más antiguo, tuve que convocarlos.

Al principio todo iba perfectamente. Discutimos un reglamento y acordamos limitar a doce el número de académicos, así como a hacer la instalación solemne el 30 de agosto, fiesta de Santa Rosa patrona de Lima. El día en que celebramos la cuarta reunión, y al término de ésta, indiqué que la próxima junta sería para elegir director para el primer pe-

riodo de dos años. El señor García Calderón (que es candidato a la Presidencia de la República) exhibió mi candidatura para director. Yo, por razones que me sé y que son muy largas para expresarlas en una carta, decliné ese honor en monseñor Roca. Tuve en cuenta, y procediendo de acuerdo con cinco o seis de mis compañeros, que no convenía que la Academia naciera abanderada en política: García Calderón es candidato presidencial, Lavalle fue el ministro que suscribió la paz con Chile y por lo tanto el representante de un partido. Tovar es el candidato al arzobispado. Entre los académicos en disponibilidad, la personalidad más notable que quedaba era Roca, clérigo que no es personalidad política. Por el momento nadie combatió mi indicación; pero tenemos un camarada muy díscolo en D. Pedro Paz S. (que escribe bajo el seudónimo de Juan de Arona), y éste se echó a llevar a la prensa lo que había sido conversación privada, y dijo que yo había impuesto la candidatura de una sotana y ejercido presión sobre los compañeros, y que él exhibía la candidatura de García Calderón o la de Lavalle. Me ha tenido usted, pues, enfrascado en polémica un tanto personal en los periódicos, y a la futura Academia en peligro de no establecerse, pues los ánimos llegaron a agriarse por la intemperancia de Arona. Al fin, el buen sentido ha dominado, y en la semana entrante haremos la elección. Somos ocho comprometidos a elegir a Roca, y dos los votos disidentes. El mismo García Calderón está unido a nosotros, indignado porque un compañero haya dado el escándalo de llevar a la prensa una quisquilla de familia. La prevención de Arona contra Roca ha nacido de que en un jurado literario, Roca acordó medalla de plata y no de oro a una oda de Paz S. Pasioncillas y pequeñez de alma de don Pedro que es hombre díscolo por excelencia y poco querido, por lo envidioso y atrabiliario de su carácter, de sus compañeros de letras. La polémica ha durado ocho días, y para que se forme usted una idea de ella le acompaño un recorte de periódico. Puede usted leer este largo acápite de carta al amigo Tamayo y Baus, y aun los artilugios. Yo no quiero escribirle oficialmente sobre tan enojoso asunto, y lo haré por el vapor siguiente mandándole, en copia, el reglamento ya aprobado y participándole el resultado de la elección de carga: director, secretario y censor.

No me es simpático el pensamiento de usted de escribir un libro sobre Carlos II. ¿No tiene usted un tema americano? Deje usted esa figura histórica para que la estudien plumas españolas. Y perdone usted la llaneza con que le emito esta opinión.

El 17 dio el ministro de España una comida de 25 cubiertos, en celebración del natalicio de D. Alfonso XIII. Estuve invitado, en representación de la Academia, y reinó mucha cordialidad y buen humor.

Mi libro empezará a encuadernarse el 1° de junio; pues en la próxima semana se imprimirá el último pliego. Muy pronto lo recibirá usted.

Y mi charla va larga y pongo punto. Lo quiere mucho su amigo.

R. Palma

Por este vapor he tenido cartas de Peza y de Francisco Sosa. Éste me ha mandado un ejemplar de los sonetos de Roa Bárcena.



Lima, octubre 15 de 1885

S. general D. Vicente Riva Palacio,  
México

Mi excelente amigo y compañero:

Ratos muy deliciosos me ha dado usted con su *Libro rojo* y sus lindas novelas. En ellas revela usted una lujosa fantasía.

En los *Piratas del Golfo* tiene usted una descripción de tempestad, que es espléndida. En mis mocedades fui marino en la escuadra peruana, y puedo estimar *d'apres nature* el cuadro lo soberbio por usted pintado.

A mi juicio, de las novelas de usted la mejor es *Memorias de un impostor*. Ese D. Guillén es personaje que tuvo también resonancia en mi tierra. Lea usted algo sobre él en mis *Anales de la Inquisición de Lima* (1ª serie de *Tradiciones*), y en la tradición que consagro al virrey conde de Liste (2ª serie).

El *Martin Garatuza*, que tanto despertó mi curiosidad por las noticias que alguien me diera, me ha parecido inferior a *Monja y casada*. Hay en aquella novela un personaje (Salmerón) que lo encuentro absurdo, y más que absurdo imposible. Por lo menos, no lo concibo.

*Las emparedadas* es novela brillantemente dialogada y cuyo argumento ha sido desarrollado con mucha felicidad.

Las novelas de usted tienen mucho de parecido a las de Fernández González, en sus buenos tiempos, se entiende. Ellas me han dado a conocer al México colonial ciertamente muy parecido al Perú colonial.

Tiene usted el talento de hacer interesantes sus novelas desde el primer capítulo. Principiada la lectura, es ya imposible abandonar el libro.

Insisto en mi opinión de preferir en usted el prosista al poeta, y eso que el poeta no merece ser desdeñado. Pero donde hay bueno hay mejor.

Gracias mil, porque ha enriquecido usted con sus preciosos libros la sección mexicana de la biblioteca. Merced a usted ya la literatura mexicana no será un mito en el Perú.

Siento que carezcamos de las obras de Lozano, G. Prieto, Mathens, Altamirano y Peza; pero no abusaré de su benevolencia pidiendóselas. Hasta otra oportunidad, mi querido amigo. Es muy suyo atentamente.

Ricardo Palma



Lima, noviembre 20 de 1885

S. general D. Vicente Riva Palacio,  
México

Mi excelente amigo:

En su amable de 5 del pasado, que recibí en la mañana de hoy, se queja usted de que las mías tienen el laconismo de las recetas de médico. Si viera usted cuán atareado vivo y cuán achacosa es mi salud, no sólo me disculparía sino que me compadecería.

Cuando, hace año y medio, me ofreció Santacilia enviarme libros escribí a Frank avisándole que ese caballero le entregaría obras para mí, probablemente Frank, al recibir el cajoncito con que ha favorecido usted a la biblioteca creyó que era remitido por Santacilia. *Voilà tout.*

Dije a usted en mi anterior que más que leído he devorado sus bellísimas novelas. Desde hace quince días el *Nacional*, uno de los diarios de Lima con el quien más afinidades tengo, está publicando, en



un folletín, *Los piratas en el golfo*, y seguirá con *Las memorias de un impostor*.

He terminado la lectura del *Libro rojo*, y declaro a usted que el libro me ha embelesado: actualmente lo está leyendo mi Cristina.

Aguardo con ansia sus tradiciones mexicanas pero le ruego que me las remita sólo cuando la publicación esté terminada. Así podré hacerlas encuadernar en el acto, sin la zozobra de que se extravíe alguna entrega.

A mi corresponsal en Madrid, el conde de Guaqui, que además es compatriota mío y muy obsequioso para con la biblioteca, le he pedido *La Historia de México a través de los siglos*. Espero próximamente carta suya y tal vez el tomo. Entonces le escribiré para que me remita el segundo que tengo para mí ha de interesarme infinito por lo muy aficionado que soy a todo lo que se relaciona con la época del coloniaje que, a pesar de los pesares, tiene mucho de romancesca y de poética. Nuestro presente, amigo mío, es de un prosaísmo abrumador.

Acometa usted la empresa de escribir sus memorias. Yo bien sé (y por experiencia propia) lo peligroso que es tocar a los Contemporáneos. Un trabajillo mío sobre Bolívar y Monteagudo (que habrá usted leído acaso al final de mi libro *Tradiciones*), provocó una polémica casi continental, polémica en la que a mi modesta personalidad no le dejarán hueso sano. Llegó la exaltación hasta la indignidad de quemar sobre el proscenio de un teatro de Colombia un monigote de madera y trapo, bautizado con el nombre de Ricardo Palma. En efigie he pasado por un auto de fe tan terrible como los que tan magistralmente describe usted en dos de sus novelas. Escriba usted sus memorias pero como libro póstumo. Yo sé que usted es hombre de carácter bien templado y de aquellos seres que Dios organizó para la lucha y el combate, y que en su corazón y en su cerebro están encarnadas las palabras de la *Biblia*: milicia son los días del hombre sobre la tierra. Pero, por su reposo íntimo, me permito aconsejarle que deje escritas las memorias para que la posteridad las publique, cuando hayan desaparecido los principales personajes a quienes en justicia y en verdad histórica, tendrá usted que vapulear; afortunadamente para mí, en el incendio de mi hogar en Miraflores, perdí otros tres manuscritos que habrían levantado polvareda quizá mayor que la que levantó mi estudio sobre Bolívar. Uno de esos manuscritos tenía el carácter de memorias mías sobre los cuatro años del gobierno del Presidente coronel Balta, cuyo secretario privado fui en todo su periodo constitucional de mando. Revelaba muchas cosas íntimas y corría el velo a no pocos misterios, en defensa del buen nombre de mi calumniado amigo. De seguro que el partido contrario me habría puesto de oro y azul y dejado como para las ondas de la caridad.

Actualmente tengo en la biblioteca, sellados y lacrados, en calidad de depósito y para abrirse el 1° de enero de 1901, cinco gruesos paquetes titulados *Memorias del general Manuel de Mendiburu*. Este caballero, escritor muy distinguido y que sirvió en el ejército desde 1819, ha muerto ha pocos meses, a la edad de 82 años y figuró siempre en primera línea en la política de mi país. Deben ser, pues, muy interesantes sus confidencias.

Aquello que usted me afirma de que en México son desmemoriados y a los 30 años de mi suceso ya éste ha envejecido tanto que apenas se recuerda, sucede lo mismo en el Perú. Viene de aquí la gran importancia que doy yo a las memorias, que serían para las generaciones que nos sucedan lo que para nosotros las crónicas de los conventos, fuente única donde podemos beber ciertas minuciosidades históricas de los días del coloniaje.

Dichoso usted que aún tiene bríos para escribir. Yo apenas si emborrono cuartillas. Tengo en borradores más de veinte tradiciones que completarían mi séptima serie; pero sabe Dios cuándo me permitirán mis dolencias darles el retoque final. Añada usted que la biblioteca me ocupa desde las 11 de la mañana hasta las 5 de la tarde; y que después de esas seis horas de faena, quedo fatigado para acometer labor literaria alguna, por frívola que ella sea.

Ignoraba que estaba usted matriculado entre los que han visto leer al cura la epístola de San Pablo. Quiera usted, pues, presentar mis respetos a la señora Josefina.

Siempre muy de usted amigo atentamente

Ricardo Palma



Lima, mayo 14 de 1886

General D. Vicente Riva Palacio,  
México

Queridísimo amigo:

Gratísimos ratos me ha proporcionado la lectura de sus tradiciones y leyendas en verso. Es usted uno de los poquísimos poetas, esencialmente americanos, que conozco en nuestro Continente. La musa de usted no es de esas plañideras convencionales y amaneradas que tanto abundan en la América Latina y que no son sino imitadoras de esa poesía personal propia del mundo viejo y de sociedades ya caducas. Poesía sin propósito histórico o social es poesía de oropel. Esos poetas morirán con su siglo.

Junto con el de usted recibí otro libro también de la índole que yo estimo, *El romancero*, de Guillermo Prieto, mi viejo amigo. Le contesto hoy su carta, y lo felicito.

Con Lavalle me veo casi diariamente. O él viene a la biblioteca o voy yo por la noche a su casa a hablar un par de horas. Le leí el acápite pertinente de la carta de usted, y me encarga decirle que le escribirá próximamente remitiéndole un ejemplar de su *Marianita Belzune*, y otro de su *Doctor Valdez*, dos monografías que, actualmente, tiene en prensa.

Supongo que recibirá usted el *Ateneo*, revista quincenal literaria que aparece en Lima, y que está ya en el 6º número. Al impresor se le ha prevenido que dirija a usted un número.

Hemos tenido un certamen literario para solemnizar el centenario de Santa Rosa. Afortunadamente, pude evadirme de pertenecer al jurado. Resultó premiada una silva venida de España, escrita por un señor Valladares Alcalde. La leerá usted en el *Ateneo*, y verá usted que no es gran cosa. El único premio que yo habría acordado, *tutta conciencia literaria* habría sido al trabajo, en prosa, de Zegarra, un distinguido joven peruano. Es un estudio bibliográfico bastante erudito y que revela gusto, y laboriosidad.

En el próximo número de la *Revista Social* aparecerá *Bigotes*, leyenda con cuya dedicatoria me ha honrado usted. Por el vapor entrante le remitiré el número en que se publique.

Clorinda Matto me encarga dar a usted las gracias por el galante juicio que hace de sus tradiciones cuzqueñas, en el acápite de carta que me permitió leer.

Volviendo a su tomo de *Tradiciones y leyendas mexicanas* diré a usted que Lima y México se parecen como dos gotas de agua en punto a consejas populares. Nuestro Zelenque es el Don Juan Manuel de usted. *La mujer herrada* es leyenda también de mi tierra. *La cita en la Catedral* (precisamente versificada) nos es familiar. El barquichuelo de la *Mulata de Córdova* es el mismo en que se embarcó nuestra Iris la Voladora para burlarse de un inquisidor. Como ejecución me han agradado infinito *La calle de Olmedo*, en que las décimas son fáciles y frescas. Las quintillas de *La quemada* son arroyuelo entre flores. Las redondillas del *Puente del clérigo* están escritas por pluma de maestro; y en otras leyendas el romance está manejado con envidiable soltura y naturalidad. Se conoce que fue error de imprenta, en el romance de Don Juan Manuel el verso —y en cuenta Dios se lo tenga—, que debió ser *Dios se lo tome*. Así me he permitido corregirlo en mi ejemplar.

Gracias mil por la promesa que me hace de un nuevo contingente para la biblioteca. El 3 del entrante tendremos presidente constitucional. Es muy probable que yo renuncie a mi puesto de bibliotecario, o que me lo hagan renunciar; pues los hombres que van a ser gobierno son de comisura política diversa a la mía. Ya avisaré a usted lo que decida por el vapor próximo. Y pongo punto que el papel y el tiempo vienen estrechos a su amigo.

R. Palma



Lima, noviembre 4 de 1886

S. general D. Vicente Riva Palacio,  
Madrid

Queridísimo amigo:

Por su apreciable del 19 de septiembre veo que, a la fecha, se encontrará usted ya residiendo en la coronada villa del oso y el madroño. No dudo que la sociedad madrileña, y sobre todo la gente de letras, habrán recibido a usted con manifestaciones de cariño por el hombre y

de afecto por el literato que es ya veterano en el arte de manejar una pluma. Deseo vivamente que haya por completo recobrado la salud, y que el cortecito de la nariz no haya tenido la más ligera consecuencia enfadosa.

Remito a usted hoy, en paquetito certificado, el segundo tomo de *Tradiciones cuzqueñas*, que acaba de publicar Clorinda, quien dedica a usted una crónica de los corregidores del Cuzco. No lo disgustaría a usted el nuevo tomito, del que Clorinda manda ejemplares a Tamayo y Baus y otros académicos.

He principiado ya la impresión de la colección de todos mis versos, por mucho que ahora tenga yo poco entusiasmo por los rengloncitos rimados. Por vía de prólogo, publico mi *Bohemia limeña*, que es la historia íntima de la falange que empezó a borrar papel junto conmigo. Los que aún quedan de esa grey son todos cincuentones, que echan de menos los rayos del dorado sol de la juventud. El tomito dará unas 500 páginas, y la impresión quedaría concluida en febrero o marzo.

Recia, muy recia ha sido la batalla con los jesuitas de sorana y de levita. En julio se inició la lucha con la aparición del folletito mío que ya usted conoce. Vinieron los *meetings* y las actas, en pro y en contra de ellos, de todos los pueblos de la República. El ministerio era hostil a los liberales; pero a principios de octubre conseguimos que por motivos hacendarios, los diputados pronunciaran voto de censura contra el gabinete. Crisis y nuevo ministerio. El Congreso debía clausurarse el 25, y hasta el 20 no habríamos podido conseguir que se ocupase del asunto. La influencia de las faldas por un lado, y los temores del gobierno por otro, contribuían a la paralización. Por fin, el 21, después de muchos pequeños tropiezos vencidos, se dio la batalla en la Cámara de Diputados: tuvimos 68 votos, y los jesuitas sólo 15. Aún nos quedaba el Senado.

Los jesuitas hicieron fuerza de vela para que el Congreso terminara sus sesiones, y que el asunto quedase para solucionarse en la legislatura siguiente. Para ellos, ganar un año de vida era lo importante. Ya supondrá usted que nosotros no nos echamos a dormir, y nos movimos tanto y tanto, que el 24, después de una poblada, conseguimos que el Senado abordase la cuestión. Nueva victoria. Tuvimos 31 votos contra 6.

Después de este resultado tan satisfactorio, los jesuitas han empezado a liar sus petacas. Por el vapor que zarpó el 30 se marcharon 15. Quedan aún 8; pero aseguran que se irán también por el vapor de mañana.

Entretanto estamos amenazados de revolución, y revolución por motivo religioso. El Departamento de Arequipa, donde las masas son altamente fanáticas, estaba ya embochinado, y la autoridad se veía apurada para contenerlo. Las señoras son las más exaltadas, así en Arequipa

como en Lima, y ofrecen desprenderse de sus joyas para mantener la *guerra santa*. Con un poquito de energía que despliegue el gobierno, todo se desvanecerá como burbujas de jabón. Decididamente, que los tales *pajarracos de sotana* habían sido muy peligrosos, tanto como las víboras de cascabel.

Recobre la salud, queridísimo amigo, y escríbame. Siempre suyo

R. Palma

Recibí carta de Esther Tapia. Me anuncia la remisión por encargo de usted de dos ejemplares de sus poesías; pero éstos se han extraviado, sin duda en el correo. Estoy en activa correspondencia bibliográfica con el amigo Francisco Sosa.



Lima, abril de 1891

S. general D. Vicente Riva Palacio,  
Madrid

Querido amigo: el vapor de Panamá llegó esta mañana con tres días de retardo, y zarpa en la tarde de hoy. Apenas da tiempo para avisarle, a la carrera, recibo de sus dos estimables del 20 y 26 de febrero.

Por carta de Tamayo y Baus que recibí en marzo, me he impuesto de que este ilustre amigo se halla muy enfermo. El melancólico espíritu que en su carta domina me ha impresionado vivamente. Mucho me afligiría que se agravase su mal. Estos condenados reumatismos son fatales para los viejos. Yo siempre sigo achacoso y apuntalando la casa vieja para que se derrumbe lo más tarde posible. Los médicos me prohíben toda fatiga cerebral, y opinan que mis vértigos son iniciadores de un reblandecimiento o de dolencia dorsal. Yo no les hago caso, y aunque menos que antes, sigo estrujando esa naranja que se llama cerebro. Da poco jugo, ciertamente; pero es algo.

Para mayo quedará terminada la impresión de *Ropa apolillada*, octavo tomo de mis *Tradiciones*.

Desde mañana haré que la prensa de Lima se ocupe del *Centenario*, y hará usted bien en considerarme entre los colaboradores. Puede usted también considerar a José Antonio de Lavalle, que es el único con quien he tenido ocasión de hablar, pues vino, hace un rato, a verme. Conside-

re también a Emilio Gutiérrez Quintanilla, a quien yo sabré obligar para que escriba. De los demás compañeros de Academia nada puedo afirmarle. Veré a los pocos que hay en Lima y me esforzaré porque tengamos una sesión. Estamos hasta sin director, pues García Calderón tuvo, por prescripción médica, que irse a su ciudad natal, Arequipa, donde parece que tampoco recobra la salud.

No será gran cosa la colaboración de este su amigo; pero, en el año, no dejaré de contribuir con dos o tres artículos. Voluntad me sobra; pero tiempo y salud me faltan. Mi puesto oficial es laborioso. De doce del día a cinco de la tarde no tengo un minuto mío, la biblioteca me absorbe las horas. Tal cual día festivo únicamente me es lícito ocuparme de las letras. De noche me está prohibido hasta leer, y mi mujer y mis hijos son dos guardianes celosos del cumplimiento de la consigna médica.

Por el vapor entrante enviaré a usted un artículo que ocupará una columna del *Centenario*. Largos artículos son poco leídos, tiene usted razón, y artículos con *continuará* nadie los lee. Le mandaré, para dar cumplimiento a mi compromiso de colaboración, un artículo sobre este tema: Sistema decimal entre los antiguos peruanos. Lo escribiré mañana o pasado o el domingo a más tardar, para enviárselo por el vapor del 15.

No sé si podré ocuparme de los temas que me indica. Ya veremos.

El tiempo me viene muy estrecho para el correo.

Hasta el próximo.

Mil felicidades.

Su amigo

Palma

Hágale, en mi nombre, una visita al queridísimo Tamayo.